

HARRY POTTER

&

El Asesino de Magos

Runa n° IV — Las Mil Caras

Heladería Fortescue. Callejón Diagón.

Un año y medio antes, verano de 1997.

Había sido un día tranquilo. Como todos últimamente. Apenas media docena de clientes en toda la jornada, y eso que no había cerrado para comer. Últimamente, no se tomaba la molestia: Podía prepararse algo y tomárselo en el porche de la heladería sin tener que interrumpirse para servir a nadie.

Florean Fortescue acababa de terminar de dar buena cuenta de un buen chuletón, y los platos estaban fregándose animados por su magia, a escasos metros detrás de él. Incluso sentado detrás del mostrador, y con todas las persianas de los escaparates de su local bajados, todavía podía ver buena parte del Callejón Diagón a través de la puerta de cristal. Durante la última media hora, desde que había puesto el cartelito de cerrado, apenas si había visto pasar gente. Unos pocos grupos aislados, de no menos de cinco personas, y todos moviéndose con rapidez.

Fortescue suspiró mientras, empuñando su varita, hacía que los cacharros entraran en el armario, tras secarlos con un rápido encantamiento. Tres meses más así y tendría que echar mano de algunas de sus reservas de galeones para poder seguir tirando. Y no quería hacer eso. No cuadraba con el humilde heladero que era ahora.

Se levantó de la silla, decidido a cerrar rápido la tienda lo más rápido posible, y subir a su casa, justo encima de su local, para leer algo mientras se daba un buen baño. Empezaba a plantearse en el fondo (todavía no quería reconocerlo para sí mismo) que quizás era hora de ir recogiendo los bártulos y largarse a otra parte. Quizás podría bajar a Francia. Al fin y al cabo era su tierra. Tenía a unos cuantos conocidos en París, y creía que si montaba allí algún local podía irle bien las cosas. El dinero no sería problema (si alguien indagaba y se preguntaba cómo alguien que había visto caer su negocio en Londres tenía fondos para poner un local en París, Fortescue sólo tenía que inventarse una herencia o cualquier otra chorrada). Además, Fortescue sonaba bien para un local en París. Quizás no una heladería, pero sí una cafetería. O un restaurante. Podía contratar a un par de chicas, y armar un negocio que lo entretuviera. Cualquier cosa antes de otro mes tan aburrido como este.

Desde luego, pensaba, ese malnacido de Voldemort no discrimina a nadie. Hunde a todos por igual con su mera presencia, sólo por existir.

Cuando leyó que el cretino ese había vuelto (cosa que por otra parte ya sabía que sucedería, es lo malo de los que hacen Horrocruxes, no captan cuando están de más), se había planteado limitarse a cerrar el local y a marcharse con viento fresco. No porque le preocupara ese mago oscuro, sino porque ya había vivido tiempos de guerra similares, y sabía que eran muy, muy deprimentes.

Pero había decidido quedarse. No estaba muy seguro de por qué. Quizás porque hacía 30 años que había montado ese negocio, tras asumir esa identidad. Quizás, porque le había cogido algo de cariño a los habituales del Callejón: Tom el tabernero, con quien compartía una copa y unos cotilleos todos los lunes por la noche desde los últimos quince años, Madame Malkin, que llevaba la última década tratando de convencerlo de que su ropa ya no estaba de moda, y de que tenía que ir una noche a su tienda tras cerrar para poder vestirle como era debido. Fortescue le había prometido que el martes siguiente iría. Unas quinientas veces.

Y por supuesto, también estaban los clientes. Se sabía de memoria los gustos de cada uno de los niños que habían pisado su local. Había contemplado el cambio de niños a adultos de dos generaciones, y los recordaba a todos. Los Bones, que parecían sentir toda la familia una extraña afinidad por los grandes helados de coco, los Richards, que hasta hace unos meses todos los domingos pasaban media tarde en misma mesa, o los Weasley, que eran de sus favoritos, y habían desafiado su capacidad para saber qué le gustaba a cada uno, pues eran un montón, se parecían, y cada uno pedía uno diferente.

Sin embargo, había un cliente del que se sentía particularmente orgulloso. Durante los últimos tres años, todos los veranos, como mínimo unos días Harry Potter había estado en el Callejón Diagon y había pasado a tomarse algo. Y Fortescue había estado encantado de traerle todo el helado que quería, sin dejarle nunca pagar ni una moneda. El chico le había caído muy bien, y le inspiraba una franca curiosidad. Por eso, sólo se sentía un poco culpable por haber cogido uno de sus pelos y haberlo analizado. No encontró nada especial (lo que aumentó aún más su interés, ya que ¿cómo podía haber sobrevivido un niño normal y corriente a un impacto directo de la Avada Kedavra, la Maldición Asesina?, pero siguió invitándolo a helado. Tampoco perdía ocasión para hablar con él, y de hecho, hacía dos años, el chico había pasado medio verano haciendo sus deberes en una de las mesas de Fortescue, y este lo ayudaba en lo que podía. Le había gustado especialmente ayudarlo con sus deberes sobre la quema de magos y brujas en la edad media. En una ocasión, Harry le había preguntado cómo es que sabía tanto, y Fortescue le había respondido que de pequeño le interesaba mucho la historia. Bueno, eso era cierto, aunque no era una respuesta totalmente verídica a su pregunta.

En cualquier caso, tenía que reconocer que aunque la espera se le hacía eterna, inaguantable, los últimos treinta años como Florean Fortescue habían sido satisfactorios. Excepto los días en los que lo echaba tanto de menos que sentía que se ahogaba.

Fortescue ya había cerrado todos los escaparates de helados, para preservarlos para mañana (aunque sabía que no iba a consumir muchas de sus existencias), y ahora estaba recogiendo el mostrador. Cuando terminó, vio su propio reflejo desde el cristal que protegía los helados.

Un hombre bien entrado en los cincuenta le devolvió la mirada. Y con bien entrado se refería a que se conservaba bastante bien. Su abundante pelo negro le llegaba hasta los hombros, y se unía en el cuello con una espesa barba negra, pulcramente cuidada. Con sus ojos también negros y su falta de barriga (ni siquiera esa curvita de felicidad tan abundante cuando se pasaba de los cuarenta) no era de extrañar la insistencia de Madame Malkin en que fuera a su tienda. Aunque no es que a Fortescue le interesaba mucho.

Fortescue empezaba a pensar que quizás fuera horas de un par de cambios. Quizás un poco más de arrugas en los ojos, o un entrecejo más colmado por surcos que denotaran preocupación. Al fin y al cabo, se suponía que cuando se instaló aquí hacía treinta años tenía veinte, y aunque había ido controlando cómo cambiaba su envejecimiento con cuidado, quizás durante los últimos tiempos no hubiera hecho todo lo que tocaba. Y esos descuidos podían ser peligrosos. Ya le había pasado antes. En una ocasión, lo habían confundido con un vampiro. No dejaba de tener gracia, desde luego, pero había tenido irse a toda prisa. Todavía estaba meditando cuando se abrió la puerta de su tienda.

- Estamos cerrados – Dijo Fortescue, alzando la cabeza y fijando en su rostro su mejor sonrisa de amable heladero-, pero si quieren un cucurucho, todavía puedo hacerles...

Se le congelaron las palabras cuando reconoció a los que habían entrado.

Eran tres. Todos vestían túnicas negras de Mortífago que Fortescue conocía muy bien. Dos de ellos tenían unos cincuenta años, y los conocía muy bien: Rabastan Lestrage, alto y delgado hasta los huesos, y Joshua Nott, que lucía una nueva cicatriz encima del ojo izquierdo que Fortescue no le conocía de los carteles. No sabía quién sería el tercero, pero era mucho más joven que los otros dos: Apenas tendría treinta años, y tenía el pelo castaño largo y greñado hasta media espalda. Genial, pensó Fortescue. Ahora salen a la calle. Y ni siquiera es todavía noche cerrada.

Fortescue se quedó mirándolos, sin saber muy bien qué decir. No tenía previsto esto, y no sabía cómo debía actuar. Igual, si se limitaba a agachar la cabeza y tragar, sólo le desordenaban un poco la tienda, y él podría mantener su fachada un poco más. Si no...

- ¿Qué miras, imbécil?- Lo increpó Rabastan con su voz chillona y aguda, tras que el más joven de ellos cerrara la puerta a sus espaldas, y empezaba a bajar la persiana metálica. Fortescue sintió como todas sus esperanzas de que esto tuviera un final feliz se desinflaban. Intuía que esto no era algo casual, pero estaba decidido a aguantar todo lo que fuera posible.

- Nada, se lo aseguro, nada en absoluto-Dijo, con su tono más humilde, bajando un poco la mirada- Sólo decía que ya había cerrado, y que no creo que aquí pueda haber nada de su interés...

- Eso lo decidiremos nosotros, no tú- Lo increpó Rabastan. Nott avanzaba despacio entre las mesas, pegado a la pared, con la mano en el bolsillo de la túnica. Fortescue apenas se atrevía a levantar la vista. No quería provocarlos.

- Acabamos de venir de hacerle una visita a Tom- Dijo el más joven-. Habíamos oído que se dedicaba a colgar carteles de nosotros en su bar, y queríamos explicarle que eso no era una buena idea- Fortescue tragó saliva. ¿Qué le habían hecho esos bastardos a Tom?-. Cuando acabamos de decírselo, le explicamos que más le valía decirnos algo que nos interesara saber si quería conservar algún dedo del pie- Ese cabrón podía ser el más joven, pero Fortescue empezaba a entender porqué lucía una túnica de Mortífago-. Lo hacemos siempre, sólo por curiosidad, o para ver cómo se asustan más antes de arrancarles algún dedo. Pero este nos dijo algo que sí nos interesó, ¿verdad, Nott?

Nott ya estaba en la barra, y Fortescue vio que ya había desenfundado la varita y lo apuntaba con ella.

- Nos dijo que hace unos años, el chico Potter y tú erais muy amigos. Que se pasaba los días contigo, en tu heladería, hablando. No con él, en su posada sólo dormía, sólo contigo.

- Y debe ser verdad- lo interrumpió el joven-, porque aunque no le amputamos nada más, tras diez minutos de cruciatus seguía manteniendo su versión.

Ahora él y Rabastan avanzaban hacia él, desenfundando sus varitas. Rabastan lo hizo primero, y dijo “Muffliato” con voz queda, mientras hacía un amplio movimiento con la varita, abarcando toda la tienda con su sortilegio. El conjuro de silencio. Ahora nadie podía oír desde fuera lo que pasara en el interior. Fortescue trató de darles una última oportunidad, metió la mano en su bolsillo, pero no fue lo bastante rápido. El rayo escarlata de Nott lo arrojó varios metros por el aire y le hizo soltar la varita que apenas había rozado con las puntas de sus dedos, cayendo esta a los pies de Nott. Por su parte, Fortescue había chocado contra el armario de los cacharros, y cayó al suelo, mientras el altillo del mueble se abría por la potencia del golpe, y algunos platos le caían encima. Las risas de los Mortífagos llenaron la sala.

- ¡Mobilibarra!- Gritó Rabastan. Toda la barra de servicio, los taburetes, y los contenedores de helado salieron despedidos hacia la pared lateral, eliminando el único obstáculo que se interponía entre Fortescue y los Mortífagos. Éste tenía heridas sangrantes en la cabeza por el golpe, y parecía aturdido. Los pesados muebles cayeron al suelo produciendo un fuerte estruendo, desparramando todo el helado por el suelo, que empezó a derretirse.

- Eso no ha estado nada bien- Dijo el joven, risueño-. ¿Ves lo que hemos tenido que hacerte? Gente como tú no debería ni tocar su varita cuando nosotros estamos delante.

Rabastan miró a Nott, y le hizo una seña con la cabeza. Éste conjuró una esfera de llamas con su varita, que quedó suspendida en el aire, ardiendo suavemente mientras giraba sobre sí misma. El joven se rió, y Rabastan apuntó con la varita a un Fortescue que parecía estar haciendo esfuerzos por levantarse. Hubo un destello, y Fortescue salió despedido hacia la esquina. Se oyeron varios cracks, de esos que se escuchan cuando a alguien se le rompen varios huesos. O muchos.

- Quédate en el suelo, escoria- Dijo el mago joven. Fortescue cada vez estaba más convencido de que él era quien estaba al mando de ese maldito trío. Y de que eso iba a acabar muy, muy mal-. Ahora vas a contarnos todo lo que hablaste con Potter. Si intentas algo raro, te quemamos con la tienda-Señaló a Nott, mientras lo apuntaba con su varita.

Fortescue ya sabía que de ahí no había salida, pero estaba decidido a intentarlo una última vez. No trató de incorporarse, y desde el suelo envuelto en sangre, dijo:

- Por favor, no sé nada, no me dijo nada, sólo le serví helado y no hablamos más, no- Su lastimera voz fue interrumpida por el Mortífago joven, que, gritando Crucio, le lanzó un chorro de luz granate.

Fortescue estuvo retorciéndose en el suelo durante varios segundos, gritando, mientras el Mortífago mantenía la maldición. Se acabó, pensó, mientras sentía cosquillas por todo su cuerpo, al haber anulado casi todas las conexiones nerviosas para minimizar el dolor. Ya no paso ni una más. La habéis cagado.

Cuando el Mortífago anuló la maldición, Fortescue se incorporó despacio. Parecía que el joven iba a volver a lanzársela para que se arrastrara de nuevo, pero entonces puso un gesto de sorpresa, mientras miraba la cara de Fortescue. Ya no sangraba, de hecho, todo rastro de sangre había desaparecido. Nervioso, dirigió su mirada a la varita que descansaba a varios metros de Fortescue, y pareció tranquilizarse. No era posible, pensaba, que ese viejo hubiera hecho magia sanadora sin su varita, debe ser que me he equivocado o algo...

-No vais a parar, ¿verdad?-Dijo Fortescue, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos. Nott seguía concentrado en su esfera de fuego, que parecía condensar más llamas a cada momento, y Rabastan lo miraba con el ceño fruncido y la varita en ristre, pero no parecía dispuesto a atacarlo, al menos de momento-. Sois tres contra uno, entráis aquí a destrozar y a torturar, y no tenéis intención de parar. Pues ya está. No vais a salir vivos de aquí.

Dijo esto con un tono de voz absolutamente frío, tanto que Rabastan, por un momento, lo escudriñó fijamente, y miró a ambos lados, nervioso, buscando alguna señal. Sin embargo, el joven, aunque parecía intimidado, no se arredró.

- Mira, idiota, te lo voy a explicar. Tú eres sólo uno, nosotros tres, y no tienes tu varita. Quizás más dolor te aclare un poco la...

- Ni la tengo ni la necesito, niñato-Lo interrumpió Fortescue.

Eso fue demasiado para el Mortífago, que parecía a punto de estallar. Con un grito, le lanzó una nueva maldición *Cruciatus*, pero Fortescue fue más rápido. Su brazo derecho pareció desaparecer, convertido en un borrón por lo rápido del movimiento, y su mano refulgió con una luz dorada. Con un movimiento como de bofetada, desvió con ella la descarga, que se estrelló contra la pared. Sin darles tiempo a reaccionar, veloz como el pensamiento, hizo un ademán hacia el crío y Rabastan, como si espantara un mosquito.

Algo se estremeció en el aire, y toda la tienda pareció retumbar. Fue como si una onda de choque invisible lanzara a los Mortífagos por los aires, como si un coche los hubiera embestido a gran velocidad. Salieron volando hasta dar con sus huesos en el otro extremo de la tienda, sacudiendo las persianas metálicas, y cayeron al suelo, sin moverse. Probablemente, tendrían una conmoción. Avanzó hacia ellos a grandes zancadas, dispuesto a rematarlos, mientras que su mano se iba envolviendo en una luz aún más brillante, y cerró el puño...

Y entonces sintió calor a su derecha.

Se volvió justo a tiempo de evitar que Nott lo alcanzara. La esfera de fuego que había conjurado tenía el tamaño de un balón de rugby, y parecía extrañamente... ¿densa? Sí, densa, pensó Fortescue, interponiendo su mano abierta entre él y la esfera. Como si se hubieran concentrado en ellas un gran número de hogueras y rotaran sobre sí mismas, en un corazón refulgente. Nott apuntaba la esfera de llamas hacia él con la varita, dirigiéndola, impulsándola con su magia hacia Fortescue. Sólo los excelentes reflejos del falso heladero lo habían salvado de que aquella cosa lo golpeará de lleno, de haberlo hecho, le habría hecho daño de verdad.

Supo esto último cuando la esfera entró en contacto con su mano. Lo desequilibró un momento, y tuvo que concentrar su energía en formar un escudo alrededor de su palma. Aún así, sintió cómo se le quemaban las yemas de los dedos. Durante un segundo, parecía que Nott había conseguido romper la áurea defensa de Fortescue, pero entonces, el heladero cerró la mano, y la esfera de fuego se deshizo en humo dorado. Sonriendo, Fortescue apuntó a Nott con su mano. Éste fue rápido, y conjuró un escudo entre él y Fortescue, que en respuesta sonrió aún más. Entonces, hizo otro gesto con la mano, como si apuntara arriba con los dedos. Y Nott salió despedido hacia arriba, como si lo hubieran disparado con una flecha. Se estrelló contra el techo en un parpadeo, y el cuello se le torció en medio de un enorme crujido. Soltó la varita, que cayó al suelo, y entonces, el cuerpo se le quedó pegado en el techo, como si la gravedad se hubiera invertido, y aumentado. Manaba sangre de su boca, y estaba inmóvil.

- Quemarme a mí con la tienda-Dijo Fortescue, en voz baja, parafraseando lo que había dicho el otro Mortífago. Nott abrió mucho los ojos, pero esa fue su única reacción. Probablemente, ni podía negar con la cabeza. Sudaba, y a juzgar por la mancha que empezaba a aparecer en su túnica, se había orinado encima. Miedo... Quizás. Fortescue veía más probable que hubiera perdido el control de todo de cuello para abajo. Aún continuaba con el brazo extendido y la palma señalando a Nott-. Ya. Claro-Terminó, con voz queda.

Entonces, chasqueó los dedos, y Nott ardió como una tea, convirtiéndose en cenizas.

Nott ardió durante unos instantes, y luego las llamas se apagaron, haciendo caer un puñado de cenizas al suelo, alrededor de su varita. El techo parecía intacto: Ni una quemadura.

Fortescue se volvió, dirigiendo su atención de nuevo a los otros dos Mortífagos. El joven parecía inconsciente, pero Rabastan se había arrastrado hacia el centro de la sala, dónde había ido a parar su varita. Cuando se dio cuenta de que Fortescue lo había visto, intentó moverse más deprisa, pero Fortescue lo apuntó con su mano. Ésta ahora parecía un corazón que emitía luz dorada a pulsos, pura magia desde su interior. Rabastan salió despedido del suelo, y quedó suspendido en el aire, con los brazos extendidos, como si estuviera clavado en una cruz invisible.

-Me tiraste mi helado-Dijo Fortescue, con tono rencoroso. Rabastan abrió la boca, pero no pudo decir nada. Con un gesto de Fortescue, parte del helado derretido que inundaba el extremo de la sala salió disparado contra Rabastan. Se le metió en la boca y le envolvió el cuello en litros de helados. Rabastan empezó a emitir ruidos ahogados y a temblar, pero no se movió-Ahora, sólo tengo que meterte el chocolate hasta la garganta y se acabó. Pero eso sería lento y doloroso, ¿no crees?

Entonces, abrió mucho la mano, separando bien los dedos, y el helado formó una especie de casco alrededor de la cabeza de Rabastan. Durante unos instantes permaneció ahí, a su alrededor, flotando en el aire. Y entonces, Fortescue cerró con fuerza la mano, y todo el helado pareció hundirse, como si una pelota perdiera aire. Se oyó un gran crujido, y Rabastan dejó de moverse. Fortescue bajó la mano, y el cuerpo de Rabastan cayó al suelo, desmadejado. Cuando el helado se retiró, se mostró su cráneo, terriblemente fracturado, como si hubiera sido atrapado por engranajes colosales.

Sin ni siquiera dedicarle un momento a Rabastan, se dirigió al cuerpo del que quedaba, resuelto a rematarlo. Total, esa basura ni siquiera se merecía algo mejor. Le habían arruinado esa vida. Ahora, tendría que irse de allí, y encima, recoger todo ese estropicio. Qué mal.

Cogiendo el cuerpo del que quedaba con su mano izquierda, lo alzó, asiéndolo del cuello como si no pesara nada. Entonces, cerró el puño derecho, y el brillo pareció condensarse. Un solo golpe sería suficiente, pensó. Hasta que el Mortífago abrió los ojos.

Samuel no podía creer lo que había pasado. No podía ser, era así de sencillo. Primero, ese viejo había hecho magia sin varita. Además, magia tan poderosa que lo había dejado fuera de combate de un solo golpe. Luego, se ve que se había quedado inconsciente... Y ahora, lo tenía cogido por el cuello, apenas podía respirar, Nott había desaparecido, Rabastan estaba en el suelo con el cráneo destrozado (ohdiosmiodiosmioquelehahehomevaamatar), su varita estaba en el suelo... Y a ese maldito de Fortescue le brillaba la mano como si le hubieran metido una antorcha dentro. Y parecía a punto de golpearle con ella.

- Peggdda nggggho gggo jaaggasss-Intentó hablar, pero la mano que le atenazaba el cuello le oprimía con la fuerza de un torno. No podía apenas respirar. Intentó desasirse, golpeando a ese viejo chalado, pero lo único que consiguió fue hacerse daño. Parecía que el heladero estuviese hecho de granito.

- ¿Qué espere?-Dijo Fortescue, conteniendo el golpe- ¿Cómo esperaste tú cuando yo intenté hablar contigo?-Parecía ligeramente sorprendido de que se atreviera siquiera a preguntarlo-.

El mago estrangulado intentó hablar de nuevo, pero Fortescue lo alzó más alto y le apretó más la garganta, impidiéndoselo. Entonces, de repente, lo soltó y cayó al suelo, respirando entrecortadamente. Intentó retroceder a rastras, pero no pudo: Las persianas metálicas le impedían toda huída posible. Fortescue se inclinó delante, poniéndose de cuclillas, y mirándolo fijamente. El otro se quedó quieto, y le alternó miradas de pánico con ojeos furtivos a su varita, pocos metros más allá. Entonces, Fortescue le puso su mano derecha delante de la cara, cuyo brillo se apagó de golpe.

-¿Sabes qué es esto?-Dijo Fortescue, mirándolo entre sus dedos. El otro negó con la cabeza rápidamente, asustado.

-Casi todos los magos hacen magia con varita, hoy en día-Dijo Fortescue, con calma-. Sin embargo, hace tiempo había magos que usaban otras cosas. Bastones, anillos, cualquier material que pudiera servirles de foco. Pero un día, un amigo muy querido hizo esto para mí.

Y entonces, la mano derecha de Fortescue se *descarnó*.

No fue un proceso rápido ni sangriento. Primero, la piel pareció retirarse, hundirse entre los pliegues de músculo. Luego, estos parecieron encogerse, deslizándose poco a poco hacia la muñeca, junto a los tendones, mientras las venas se encogían. Unos segundos más tarde, Fortescue exhibía una mano esquelética a un aterrorizado Mortífago.

Y los huesos que la formaban no parecían ser humanos.

Eran más grandes que los huesos que deberían formar una mano, y parecían pequeñas barras blancas espiraladas, cómo de nácar o perlas. Pequeños fragmentos tallados parecían hacer las veces de articulaciones. Y muchos de los huesos estaban marcados con diminutos caracteres rúnicos, en símbolos tan pequeños y entrelazados que parecían haber sido tallados con la aguja más fina que existiera.

El Mortífago parecía haber acabado su punto máximo de pánico, aunque su única reacción era sudar y temblar. Fortescue sonreía mirando su mano, y la bajó con cuidado, contemplándola desde cada ángulo.

- Cuernos de unicornios-Dijo, en voz baja y aterciopelada, con infinito cariño-. Antes, regalar algo que proviniera de un unicornio a una mujer tenía un significado muy especial-Sonrió aún más-. Y él hizo esto para mí. No quiero ni imaginarme lo que tuvo que costarle tallar cada cuerno, y hacer que no reaccionaran unos contra otros-Le brillaban los ojos, aún a su pesar. Parecía haber olvidado a su interlocutor-. Ahora, la uso cuando no quiero usar varita. Es mucho más poderosa que ninguna otra que yo haya visto. Y sólo yo puedo usarla-En este punto, su sonrisa desapareció de pronto, y volvió a fijarse en el Mortífago que tenía delante-. ¿Adivinas por qué?

El Mortífago no supo que responder. O quizás no podía. De repente, el rostro de Fortescue ya no era el de Fortescue. Un parpadeo, y era...

-¿Rabastan?- Susurró el Mortífago al rostro de su compañero, que tenía de repente delante de él. En un instante, la cara de Fortescue había cambiado completamente... Un latido, y su barba desapareció, y todos sus rasgos eran una imitación perfecta del hombre con la cabeza destrozada de unos metros más allá.

Y de pronto, lo entendió.

-Eres un metamorfomago-Dijo el Mortífago, entre susurros. Menudas últimas palabras.

Fortescue sonrió, alegre, y sus rasgos volvieron a ser los del amable heladero. O sádico y cruel, según la clientela.

- Casi, hijo. En realidad-El puño volvió a brillar con fuerza, en un solo destello dorado-soy el metamorfomago *original*

Y entonces, descargó el golpe. Fue un estropicio considerable.

Fortescue se incorporó, y se quitó la sangre del uniforme con un gesto distraído de su mano. Menudo estropicio, pensó, mirando la tienda. Aunque quizás le viniera bien. Secuestrado por los Mortífagos es un motivo tan bueno como cualquier otro para desaparecer sin dejar rastro. Por si acaso, mejor ocuparse de los cadáveres. Y de sus fantasmas. Nott ya no era un problema, tras ser consumido por Fuego Infernal, pero, por si acaso...

Fortescue chasqueó los dedos dos veces, y los dos Mortífagos que quedaban fueron engullidos por llamas granates como las que habían hecho desaparecer a Nott. Unos instantes más tarde, no quedaba nada. Fortescue entonces se puso manos a la obra. Hizo desaparecer cenizas y recogió varitas, limpió la sangre y lanzó encantamientos de ocultamiento. Cuando hubo acabado, pensó, satisfecho, que incluso al mismísimo Mordenkainen le costaría bastante averiguar qué había pasado ahí exactamente.

Entonces, tras cerciorarse de que ahí no había nada que lo implicara en la desaparición de tres Mortífagos, subió por las escaleras a su casa, en la planta de arriba. Tardó sólo unos minutos en recoger lo importante, y en desordenar lo demás como si lo hubieran registrado. Con un sortilegio, metió los retratos y las fotos en los bolsillos encantados de su túnica, y también se llevó las cartas y lo demás de la señora Malkin. A Tom ya lo habían jodido y no tenía remedio, y ni siquiera podía despedirse, pero mejor no dejar cabos sueltos que pudieran servir para que hirieran a otros.

Cuando hubo acabado, contempló su vivienda durante los últimos treinta años. Y con apenas un suspiro, se Desapareció.

De vuelta al presente, Semana Santa de 1998. Strada del Vetro, Roma.

- Vete a casa, Ángela-Dijo Gabrielle, con una amable sonrisa a su camarera-, ya termino yo de hacer caja. No hagas a tu chico esperar-Terminó, con un guiño.

-Muchas gracias, signorina Gabrielle-respondió Ángela, despidiéndose con un ademán de la mano y saliendo sin perder un segundo, sonriendo tímidamente antes de irse.

Fortescue no podía culparla por tener tanta prisa. Esa noche iba a ser importante para Ángela, por lo que le había contado. La chica, de apenas dieciséis años, tenía esa noche una cena romántica con su novio, y por lo que Gabrielle había podido deducir, Ángela esperaba que esa noche fuera especial. Tenía una buena relación con su empleada, con la que trabajaba desde hacía medio año, desde que esta tuviera que dejar el colegio. Se había presentado a la entrevista de Gabrielle para contratar a una camarera para su nuevo restaurante en la Strada del Vetro, la avenida de magos de Roma, y por lo que a Gabrielle concernía, había estado contratada desde que abriera la puerta. Era una chica lista, y habían congeniado desde el principio. Aunque Gabrielle aparentara los treinta, esa diferencia no había supuesto ningún problema para que ella y Ángela se hicieran amigas, y con un poco de esfuerzo, el restaurante había conseguido hacerse un hueco en la competitiva Roma.

Ahora, cuando Gabrielle terminó de hacer caja, los platos dejaron de fregarse y recogió un poco el local. Desde luego, todo era más entretenido por Semana Santa, muchas más familias. Había tanto que servir que casi se olvidaba del enorme agujero negro que sentía en su pecho, y que cada vez le costaba más olvidar, por mucho que intentara mantenerse distraída...

Apartó esos pensamientos de su mente. No era momento para la nostalgia. Esa noche había mucho que hacer, al día siguiente eso estaría lleno de gente, habían reservado el local para celebrar una boda, y...

“Y tú le sigues echando de menos”, dijo la vocecita en su cabeza que cada vez la hablaba más a menudo. Gabrielle dejó de hacer cuentas de repente, y destrozó la caja registradora de un puñetazo. Su mano brilló en un destello dorado, y la barra que había bajo la caja se hundió como si fuera de goma, quedando destrozada. Y entonces, empezó a llorar.

Unas horas más tarde, Gabrielle estaba en el piso que tenía encima del restaurante. Era ya más de madrugada que de noche, pero no intentó siquiera dormir. Sabía que no lo iba a conseguir, y se negaba a dar vueltas en la cama otra noche más. "Otra noche más sola"

Gabrielle apretó la mano, pero esta vez se controló. Se incorporó. Había estado sentada toda la noche en el salón, contemplando el fuego y la fotografía enmarcada cual cuadro que estaba colgada en la chimenea, en el que se les veía a los dos juntos. Había abierto incluso una botella de su whisky favorito. Le hacía acordarse de él, y eso lo hacía aún más insoportable. Y ni siquiera podía emborracharse. Maldita fuera su sangre.

Se dirigió al cuarto de baño, se lavó la cara, y se contempló en el espejo. El rostro de una hermosa mujer morena, vestida con un pijama suave de estar por casa, le devolvió la mirada. Aparentaba la edad que quería aparentar, los treinta años. Con su suave pelo negro, sus ojos oscuros y su bella figura, ya varios magos, y un par de brujas, se habían insinuado. Ella siempre reía las gracias y respondía con algún comentario mordaz, pero siempre que lo hacía sentía como si tuviera pequeñas agujas en el pecho.

"¿Cuánto más aguantarás? ¿Cuánto más, antes de volverte completamente loca?"

- Lo que haga falta-Dijo Gabrielle a su reflejo, furiosa, destrozando el espejo de un solo golpe-. Aguantaré lo que haga falta hasta que vuelva. Me prometió volver cuando acabe-Dijo, completamente segura de lo que decía, y sintiéndose bien por ello. Sonrió-. Y lo hará.

-Dicen que eso trae siete años de mala suerte, Elizabeth-Comentó, con tono despreocupado y ligeramente divertido, una voz a sus espaldas.

Gabrielle se dio media vuelta como propulsada por un resorte, y vio apoyado en el marco de la puerta de su baño, apenas a dos metros de ella, a un hombre de unos cuarenta años, alto, rubio y fuerte, con una túnica de Mortífago. Le sonaba de algo, pero no sabía de qué. No entendía cómo podía haber llegado hasta allí sin que lo oyera, y con sus protecciones mágicas. No lo entendía... Hasta que vio el color brillo azul de sus ojos, que refulgían como lo hacían cuando se emocionaba de verdad, sobre una media sonrisa que conocía muy bien.

Y Gabrielle Fortescue sintió cómo, durante un instante, se le paraba el corazón.